

MURILLO O LA MIRADA DE LA SANTIDAD

En solemne ocasión, pensando en los artistas de todo el mundo y de todos los tiempos, el recién canonizado papa san Pablo VI abrió su corazón con estas palabras: *Tenemos necesidad de vosotros. Nuestro ministerio tiene necesidad de vuestra colaboración. Pues, como sabéis, nuestro ministerio es el de predicar y hacer accesible y comprensible, más aún, emotivo, el mundo del espíritu, de lo invisible, de lo inefable, de Dios. Y en esta operación que trasvasa el mundo invisible en fórmulas accesibles, inteligibles, vosotros sois maestros. Es vuestra tarea, vuestra misión; vuestro arte consiste precisamente en recoger del cielo del espíritu sus tesoros y revestirlos de palabras, de colores, de formas, de accesibilidad¹.*



EL CUARTO CENTENARIO DE MURILLO

¡Qué bien se aplican estas palabras a Bartolomé Esteban Murillo! Antes incluso que un genio de la pintura, **Murillo fue un hombre de profunda fe católica** cuyo arte trascendía lo meramente estético, para poner al alcance de nuestra mirada la labor de la gracia de Dios en el mundo.

Celebramos este año el Año Murillo, con motivo del cuarto centenario de su

¹San Pablo VI, Homilía en la "Misa a los artistas", 7 de mayo de 1964.

nacimiento. Buen momento para recordar a este artista genial que, a pesar de que vivamos en tiempos tan alejados de Dios, sigue llegando al corazón de todas las personas que se acercan a su obra con sencillez, pues su mensaje sigue siendo muy actual.

Ahora bien, Murillo, precisamente por la sencillez y naturalidad de su arte, necesita antes que nada *ser comprendido desde una fe encarnada* (Angulo). Y es

este rasgo el que ahora querríamos destacar. En Murillo, toda la atmósfera sobrenatural de sus lienzos, surge de un corazón auténticamente católico. Basta mirarlo con ojos de fe, con la confianza de quien reconoce que en Murillo todo es verdad. Porque, preguntémosnos si no: ¿De dónde procede ese aura que Murillo ha tenido a lo largo de la historia? ¿Quién le inspira esa ternura que rezuman sus cuadros? ¿Cómo puede un hombre que ha perdido a seis de sus nueve hijos, que vive un ambiente de decadencia socio-política, en una ciudad asolada por la peste como Sevilla (¡hasta dejarla en la mitad de la población!)... cómo puede, repito, mostrar esa alegre esperanza en todos sus personajes? ¿Cómo



es posible que nadie como él haya sido capaz de tratar de *tú a los personajes del Cielo y de usted a los mendigos de la Tierra* (Hegel)? ¿Es posible que el conocimiento del mundo infantil y

de la atmósfera sobrenatural de sus cuadros no proceda de un corazón profundamente humano y cristiano? Y ese modo de empatizar con generaciones durante cuatro siglos, ¿no nos dice mucho de un conocimiento profundo del alma humana eterna, cristiana por naturaleza? ¿Cómo ha de ser el corazón de alguien que ha plasmado como nadie toda la capacidad creativa que tiene la misericordia y la ternura de Dios?

Un corazón auténticamente católico

Todos estos interrogantes llevan siempre a una misma respuesta implícita: **sólo la gracia de Dios es capaz de hacer que un artista**, ya de por sí genial (tanto como los grandes pintores de su época: Zurbarán, Alonso Cano

o incluso Velázquez), **logre que todas sus obras muestren esa presencia de Dios en el mundo**. No me refiero ya a esos rompimientos de Cielo, superando a su maestro Roelas; o a esas Vírgenes e Inmaculadas que ya quedarían como arquetipo de la belleza mariana; ni sólo a esas Sagradas Familias donde, sin ninguna referencia

explícita, sabemos que se trata de la familia de Dios en la Tierra... Me refiero también a tantos cuadros profanos, que fueron para él no ya sólo un modo de pintar aquello que más llevaba en

el corazón (la sociedad y los hombres de su tiempo, con sus angustias y pesares, sueños e ideales), sino también su modo de hacer toda una catequesis: a pesar de tantas cosas (pecado, pobreza, peste, hambruna...), Dios –dice Murillo– está entre nosotros, y especialmente entre los menesterosos de la Tierra.

Murillo fue –¡y es!– por tanto uno de esos artistas en los que de modo más patente *el soplo divino del Espíritu creador se encuentra con el genio del hombre, impulsando su capacidad creativa*². Su mirada es sin duda *la mirada de la santidad*. Y de una santidad, además, sencilla, vivida con enorme naturalidad por parte de quien *unió una fe sincera y una piedad no fingida, todo lo cual le confirió una clara afinidad o connaturalidad con la verdad revelada, el sentido sobrenatural de lo divino, el “sensus fidelium”, del que hablan los teólogos, que Dios concede a quienes viven cerca de Él con sencillez de corazón*³.

¿Cuáles serían –muy brevemente– los rasgos fundamentales del mensaje de santidad que nos transmite Murillo?

Fundamentalmente tres: la esperanza, el realismo y la ternura; a los que me atrevería a añadir otro (la secularidad) que no suele mencionarse, pero que me parece esencial en nuestros tiempos.



Esperanza, pues la misericordia de Dios impide que bien nuestros pecados (pensemos en las numerosas Magdalenas pecadoras que pintó; o en sus Vírgenes, tan llenas de gracia que sobrea-bundany parecen llenar todos los corazones), bien el temor a la muerte (Murillo ama la vida, distancian-

dose de autores como Valdés Leal o del estilo trágico del tiempo), o bien la penuria o la enfermedad (para él la pobreza es realmente una virtud y no un problema), puedan hacernos caer jamás en la desesperanza. Esos niños de Murillo, que no paran de comer y jugar, ingenuos (no pícaros), son imagen y motivo de esa esperanza primigenia.

Junto a la esperanza, el **realismo**: cuando muchos de sus coetáneos buscaban paraísos terrenales en las Indias o en la Corte, Murillo se queda donde está, pues ahí encuentra a Dios, en la calle, encarnado en todas las personas que

²San Pablo II, Carta a los artistas, n15.

³Asenjo Pelegrina, J.J., Arzobispo de Sevilla, Discurso en la Inaguración de la exposición Murillo en la catedral de Sevilla “La mirada de la santidad”, Sala capitular, Sevilla 8 de diciembre de 2018

le rodean (él mismo salió hasta el final de su vida a dar el pan a los pobres de Sevilla). Y sin duda, **la ternura**, con tantas conmovedoras escenas infantiles y familiares, donde la piedad vence siempre y toca las fibras del corazón generando los mejores sentimientos del ser humano. Como decía, me gustaría añadir

*Dios -dice
Murillo- está
entre nosotros*

otra característica de su obra que a mi parecer hace de Murillo un adelantado de su tiempo: **la**

secularidad. En un ambiente profundamente clerical, que anima a vivir la fe fuera del mundo, Murillo se mueve a sus anchas en las escenas de la vida ordinaria, pues es en lo cotidiano donde le gusta moverse y donde más encuentra a Dios; y así lo reflejan sus cuadros.

¿Dónde termina el límite del Cielo y comienza el de la Tierra? Justo en el momento en el que muchos quieren alejar a Dios de la vida corriente, Murillo enseña con su arte que también ahí – sobre todo ahí- podemos encontrar a Dios, siendo ese un mensaje radicalmente católico.

Murillo supo, en definitiva, estar a la altura del tiempo que le tocó vivir y llenó de esperanza los corazones de tantos con su **mirada de fe**. En ese sentido, creemos que nuestros tiempos necesitan recordar y comprender, más incluso que entonces, el mensaje cristiano que subyace en toda la obra de este

genial artista sevillano. El objetivo de su vida como artista fue cumplir a la letra lo que luego propondría san Juan Pablo II en su carta a los artistas como él: *Quien percibe en sí mismo esta especie de destello divino que es la vocación artística... advierte al mismo tiempo la obligación de no malgastar ese talento, sino de desarrollarlo para ponerlo al servicio del prójimo y de toda la humanidad (...) Precisamente porque obedecen a su inspiración en la realización de obras verdaderamente válidas y bellas, no sólo enriquecen el patrimonio cultural de cada nación y de toda la humanidad, sino que prestan un servicio social cualificado en beneficio del bien común⁴.*

Ese fue Murillo: un artista tocado por la gracia y un cristiano implicado totalmente en su mundo, que hizo un gran bien en su tiempo y lo debe seguir haciendo en nuestros días, llenando de ternura, alegría y esperanza tiempos que se nos presentan duros, desesperanzados y lejos de Dios.

..... **ANTONIO SCHALATTER NAVARRO**

⁴San Pablo II, Carta a los artistas (4 de abril de 199), nn 3-4.

VIVIR EL DÍA COMO SI FUERA ÚNICO



Pensar en el futuro nos quita la paz: los problemas que están pendientes de solución, los proyectos que no sabemos cuándo terminaremos, lo que puede pasar mañana... porque puede ser que mañana ocurran cosas imprevistas que echen por tierra todos nuestros planes, o que aparezcan nuevas preocupaciones. Y si no es mañana, puede ser dentro de unos días o de unos meses. ¿Qué va a pasar con mi trabajo, con mi familia, con nuestra seguridad?

Tenemos la impresión de viajar en “barcos de papel”. Nos parece que hay muchas cosas “en el aire”, porque dependen de otras personas, del azar, de la buena o mala suerte. No podemos controlar nada, no somos dueños del futuro y eso nos inquieta todavía más. Y así, en vez de vivir de verdad el día de hoy, sufrimos

por anticipado los problemas que, según nuestra imaginación, nos va a traer el día de mañana.

Pero, además, estamos convencidos de que preocuparnos es una exigencia de nuestro sentido de la responsabilidad, un deber, y que si permanecemos tranquilos deberían tacharnos de alocados y botarates.

Pues **eso es precisamente lo que a Dios no le gusta: que vivamos preocupados por el día de mañana**, cuando resulta que el mañana no está en nuestras manos, sino en las suyas. El Señor nos pide que abandonemos el futuro a su cuidado, y que nos ocupemos de nuestros deberes de hoy, que vivamos el momento presente como si fuese el único del que disponemos para agradecerle.

